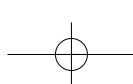
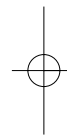
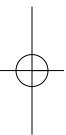


Suaves caen las palabras

A*



Lalla Romano

Suaves caen las palabras

Prólogo de Soledad Puértolas

Traducción de Carlos Manzano

Libros del Asteroide 

Primera edició, 2005

Títol original: *Le parole tra noi leggere*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Copyright Lalla Romano Estate. All rights reserved.
Published in Italy by Giulio Einaudi Editore, Torino.

© de la traducción: Carlos Manzano, 2005

© del prólogo: Soledad Puértolas, 2005

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.

© de la fotografía de la autora: Giovannetti/efigie/cover

Publicado por Libros del Asteroide S.L.

Santa Magdalena Sofía, 4

08034 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 84-934315-4-0

Depósito legal: B 35.390-2005

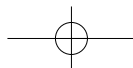
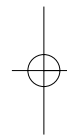
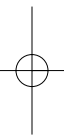
Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

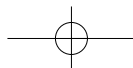
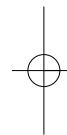
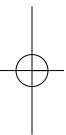
Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

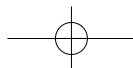
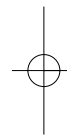
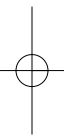
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 9,5.

A Marlène



Prólogo





Las palabras que flotan entre ellos

Lalla Romano era ya una escritora conocida cuando, en 1969, publicó esta obra que levantó cierta polémica entre lectores y críticos. El asunto que aborda, la relación de la madre con el hijo, está tratado de una forma nueva. Ciertamente, no hay asunto nuevo en literatura. La literatura se hace con los temas de siempre, los eternos problemas de los seres humanos, amor, muerte, decadencia, guerra, luchas de todas clases, amor y muerte de todas clases también. El imposible aprendizaje de la vida se ha expresado desde el origen de lo literario y ha ido cobrando diferentes formas de expresión en cada época, en cada lengua. Es la expresión lo que hace que el asunto nos parezca nuevo, porque el presente pide su propio idioma, sus formas de decir.

La relación padres-hijos está presente en la Odisea, en la Biblia, en los cuentos de *Las mil y una noches* y, mucho más adelante, en el Romancero español, en Shakespeare, en el teatro del siglo de Oro... ¿Y la novela?, ¿trató este asunto la novela? Podemos rastrear relaciones paterno-filiales en muchas novelas, pero son asuntos que, en la mayor parte de los casos, quedan un poco de lado, sirven de telón de fondo a historias de amor o conflictos sociales. No se examinan con la intención de ponerlos mínimamente en cuestión. Ese aspecto de la vida familiar parecía inamovible, una ley establecida en tiempo inmemorial, casi un tabú.

La novela, que nace con vocación de análisis, de reflejo de la sociedad, como la concebía Balzac, recoge la relación padres-

XII PRÓLOGO

hijos tal como la definía la ley y la costumbre. Los padres, como encarnación de la autoridad. Los hijos les deben respeto y obediencia. Romper este código es cometer parricidio. Naturalmente, los padres tienen, a su vez, muchas obligaciones para con los hijos, pero la más importante de todas, estar siempre ahí, no fallarle, apenas cobra relieve en la novela. No resulta muy deslumbrante. Estas relaciones, en todo caso, no suelen ocupar un lugar central en el universo novelesco y, cuando salen a la palestra, es para reflejar, en general, las convenciones que las rigen.

Caben, por lo demás, muchos matices en este amplio universo de las relaciones paterno-filiales. La relación madre-hijo ha sido una de las favoritas en la literatura clásica, sobre todo, en el teatro — ¡para no hablar de la Biblia! —, pero muy pocas veces ha sido relatada desde la perspectiva de la madre. Por eso *Suaves caen las palabras* resultó tan novedosa y causó no poca conmoción. Lalla Romano, con varias novelas en su haber, además de un libro de poemas, construye una novela cuyo personaje central es su propio hijo Piero, una novela que no consiste en otra cosa sino en las anotaciones que la madre va haciendo mientras observa cómo su hijo crece. Un hijo que, desde el principio, le resulta enigmático. Todo su anhelo es conocerle. Está convencida de que es portador de una especie de fuego sagrado que no encuentra acomodo sobre la tierra.

Nacida en 1906 (en Demonte), Lalla Romano tenía 67 años cuando publicó el libro sobre su hijo. Representó el mayor éxito de su carrera. En sucesivas ediciones, la autora fue añadiendo notas al final de sus páginas. El libro, como ella misma declara, había escandalizado a muchos. Se le objetó que el libro era una «violación indebida, una acción inmoral en perjuicio de las personas, ante todo del hijo». Pero ella responde: «Yo no reconozco la culpa de la que he sido acusada, es decir, la de haber utilizado a un ser humano: la culpa por excelencia, según Kant. Si quien escribe utiliza en cierto modo a las personas y a sí mismo, entonces sí, es cierto, pero en mi caso existe el agravante de que la víctima es un hijo: mi propio hijo... [...] Sin embargo, yo rechazo esa acusación. En el origen, en mi elección y decisión, me considero

inocente, pero el fusil no disparó salvas. También mi hijo me acusa».

En todo caso, ahí está el debate, y el lector decidirá. Porque la materia que se ofrece invita a muchas reflexiones. La madre que observa al hijo es, ante todo, escritora, y tiene ante los ojos un asunto que le parece demasiado valioso como para no centrarse en él, el asunto de su vida: el hijo que se le escapa. Está ahí, ensimismado, hosco, retraído, lleno de dones y talentos, pero ella no puede acceder a él, no puede intervenir en sus descubrimientos, en la evolución íntima de sus metas y ambiciones, si es que el hijo llega a tenerlas. Sin embargo, muchas veces, para su alivio y satisfacción, se reconoce en él, o más bien el hijo le hace ver que él se reconoce en ella. ¡En esto es como yo!, se dice, para darle en seguida la vuelta, ¡Yo soy como él! Ése es el vínculo que busca con una meticulosidad exasperada, pero no desesperada, el vínculo que le permitiera conocerle, entrar en su mundo, saber qué es lo que le impide expresar, hacer público, ese rico universo que lo habita.

Las aficiones del hijo —las armas, la motocicleta, la mecánica...—son símbolo de obstáculos físicos, palpables. El hijo presenta a la madre una verdadera barrera física, además de la menos palpable, pero igualmente infranqueable, barrera psíquica. Sin embargo, el hijo tiene amigos —por raros que sean— y una novia con quien se casará y a quien ama con locura. Y el hijo parece entenderse muy bien con la abuela. ¡Otro «sin embargo»! Hay los suficientes «sin embargo» como para que la madre siga en su búsqueda empecinada. El hijo está ahí, a su alcance, al alcance de otros, ¿por qué no da el siguiente paso?

¿Cuál es el paso que la madre está esperando, deseando, que el hijo dé? El que lo convierta en artista, de la clase que sea, escultor, dibujante, pintor, escritor... Eso es lo que ve la madre en la naturaleza del hijo, su condición de artista. Todas las rarezas del hijo están justificadas porque emanan de allí. Por eso la madre las respeta. Jamás rechaza nada del hijo. Lo ama tal como es, con todas sus rarezas, le gusta cada paso que da. No juzga, sólo quiere seguir, adentrarse, conocerle más. Sueña con que él de más pasos.

Al intentar trazar el retrato de su hijo Piero, Lalla Romano tra-

XIV PRÓLOGO

za el retrato de la madre. Piero no se deja retratar. No quiere ser retratado, se lo dice a su madre más de una vez: no hables de mí, no escribas sobre mí. Pero la escritora no puede renunciar, está realizando su propio retrato, el de la madre. Está hablando de sí misma. Es su elección y su decisión.

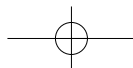
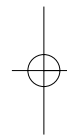
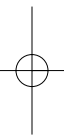
Y lo hace con pasión, con una convicción que nos arrolla. Observamos a la madre en su labor de espionaje, vemos a la escritora inclinada sobre el papel donde va haciendo sus anotaciones —imaginamos cuaderno y escritorio y quizá pluma y tintero—, con los documentos —cartas, redacciones escolares, toda clase de notas— de la vida de su hijo que ha conseguido de todos los allegados y aún del mismo hijo. Pero el enigma permanece. Piero no se deja conocer. Si en la primera parte el contrapunto de la madre es la abuela, con quien Piero se entiende a la perfección —la abuela carece de dramatismos y está bien provista de sentido del humor—, en la última el contrapunto es Marlène, la novia que se convierte en esposa, en compañera del hijo. Marlène está siempre al lado del hijo. También se ríe mucho, como la abuela. No parece dramatizar. Aunque Lalla Romano no centra el análisis en Marlène —a la que, significativamente, dedica el libro—, la encontramos: una mujer guapa, bohemia, despreocupada, que acepta las rarezas del hijo como si fueran algo normal. Nada le asombra, nada le escandaliza. Una rara avis, sin duda. Para la madre, la existencia de Marlène es un alivio. La soledad del hijo no es total. En suma, el hijo está solo, pero no completamente aislado. Se conecta con el mundo a través de sus rarezas y a través de Marlène.

En el silencio, en el ruido, en todo lo que se han dicho, y, sobre todo, en las muchas cosas que no se han dicho, en las palabras que, silenciosas, flotan entre ellos, Lalla Romano, más allá de su propio retrato como madre —la escritora que se describe como madre—, nos ofrece el retrato de La Madre, el prototipo de quien ha dado la vida a un ser y quiere saber qué clase de vida ha dado. Una madre que se lo exige todo a su propio amor, que nunca deja de creer en su fuerza y su poder. Podría desesperarse y no se desespera. No está dispuesta a fallar, su atención no va decaer ni un segundo. ¡Cuántas madres se pueden reconocer aquí!

Lalla Romano observa e interpreta, trata de explicarse a sí misma cada cosa que el hijo dice o hace. Todos sus movimientos, sus gestos, hasta sus sueños, son analizados en busca de claves que le permitan comprender el comportamiento y la personalidad del hijo. Y lo cierto es que las encuentra. Hay claves por todas partes, casi podría decirse que hay demasiadas claves, porque, entre tantas claves, el hijo sigue ahí, envuelto en su atmósfera indescifrable, inmerso en una actitud de pasividad que resulta un elevadísimo muro para la madre. Pero la autora lo ha decidido así, lo ha escogido ella. Es la conciencia de su elección lo que la salva de desfallecer, lo que sin duda la empuja a convertir en novela su observación, su persecución, porque, como escritora que da testimonio de la observación de la madre, ha roto, en cierto modo, la condena. La negación da paso a la afirmación.

Como escritora, se despega del hijo y nos remite a lo literario. Finalmente, nos remite a todo lo que la literatura nos ha dado a lo largo de la historia y a lo que aún nos puede dar.

SOLEDAD PUÉRTOLAS



Suaves caen las palabras

